

## LOS ÚLTIMOS LOBOS DE PUTTERRI

Corrían los últimos años del siglo pasado\* y aun quedaban por Aralar algunos lobos, que se resistían a su exterminio. En realidad estaban tan hostigados por escopetas, cezos y venenos, que arto trabajo tenían con escapar del hombre; en vez de ser ellos el problema tradicional, más lo eran los saltamatas y rateros sobre la ganadería del monte.

Según versión de los más diestros, no quedaban por Putterri sino una pareja de lobos: decía incluso que la hembra sobresalía del macho en altura y recursos físicos. Algunos hablaban de haberlos visto sobre sus talones; Trabajadores de la QUIFOSA, que sorprendidos en el monte corrieron hasta la fábrica, contando su apuro de muerte delante de las fieras.

Trabajaban haciendo leña, cuando a lo lejos avistan a los lobos; les silban, les gritan y la pareja, con la hembra a la cabeza, estiran las orejas y miran a los dos valientes basajaun, que hacían gestos amenazantes con la idea de espantarlos. Sin embargo, los viejos lobos deciden poner a prueba los nervios de los leñadores y enfilan hacia ellos enseñándoles los dientes. Los gestos y gritos se convirtieron en veloz carrera pendiente abajo, abandonado el jateko y las herramientas; se refugiaron en la fábrica y jadeantes aun veían a los lobos, que si se descuidan un poco más les muerden el trasero.

Este susto, donde la imaginación abría acortado distancias, les llevó a la conclusión de que los lobos defendían un territorio concreto; iniciaron las pesquisas por las peñas de Akitz o Akaitz y con buenos resultados. Localizaron en un covaracho una camada de cuatro lobeznos.

Un ataundarra y Francisco Etxarri (koxko, para los amigos) tuvieron la paciencia de vigilar a los lobos padres y al comprobar que se habían alejado los suficiente, se pegaron la hazaña de su vida. Un contratiempo mínimo su audacia les hubiera costado el pellejo; cogieron las 4 crías y se presentaron con ellas en Etxarri. Cobraron 4 duros por cada cachorro, que era un dineral y así su temeridad tenía justa recompensa.

La pareja de lobos no podría mucho tiempo más. Estaban decididos a exterminarlos al precio que fuera. Sin embargo, los dos animales sabían

demasiado y el robo de sus crías lo llevaron muy a mal. Se había declarado una guerra salvaje en Aralar. Las fieras mataban cabritos, potros, y cualquier animal que se pusiera a su alcance. En contra tenían unas batidas frecuentes. El terreno estaba de parte de los lobos; esa parte de Aralar principalmente les proporcionaba entre sus peñas, cuevas, vegetación y distancia un abrigo de difícil control.

En este ambiente de lucha se fue a Putterri Ascensio Ulayar; amanecía, cuando ya subía de Etxoiz hacia la fuente de la gran peña, que en su cueva da cobijo a la bruja del peine de oro, y al demonio que perjudicaba las cosechas. Pasaba entre dos árboles cuando de repente pisó algo que le hacía tambalear y con el brusco movimiento quedaba atenazado y por el suelo. Un terrible dolor le subía por el cuerpo. Algo sobrepuesto a los pocos segundos se dio cuenta del serio compromiso en el que se había metido; estaba atrapado en un enorme cepo, que había puesto alguien contra los lobos.

LE temblaba todo el cuerpo y sus fuerzas mermadas por el terrible golpe le imposibilitaba escapar. La imagen de su impotencia le trajo a la mente la de los lobos. Tenía que soltarse como fuera y le empezó a parecer imposible. El palo no podía llegar a cogerlo. Con él le hubiera resultado más sencillo abrir los hierros que aprisionaban sus piernas magulladas y sangrantes. Tampoco se atrevía a soltar algún irrintzi de auxilio o pegar gritos; no fuera que las fieras recogieran el aviso lastimero y terminaran la faena a medias dejada en el cepo.

Agotándose sus fuerzas y presa del miedo se decidió a pedir auxilio a la desesperada. Tuvo suerte pues acudieron casi de inmediato en su ayuda y le sacaron de la trampa. Protestó, y con mucha razón, por el descuido de quienes pusieron el cepo y no madrugaban más que él para retirarlo, como se hacía también con el veneno, en evitación de semejantes percances. Le sirvió la desagradable experiencia para corregir un refrán, que cuando lo oía, se revolvía diciendo: "al que madruga, no le ayuda ni dios".

Desde muy antiguo se usaban también venenos, como se ha hecho hasta hace poco contra los zorros. El más utilizado ha sido la estricnina. Se cortaban trozos de carne y se les hacía una hendidura con una navaja; con la misma, , trozo envenenado se depositaba en un punto marcado; en general se hincaba cerca un palo, que serviría de referencia; al día siguiente, antes de soltar

los perros y los demás animales se revisaban los trozos de carne dejados al anochecer y se retiraban los que no hubieran desaparecido.

Había muerto una yegua de la Ultzama en Aralar; los pastores se reunieron para conjuntar sus esfuerzos en la lucha contra los lobos localizados que quedaban. Concluyeron en retirar por unos días todo tipo de ganado; dejarían como única comida fácil la yegua muerta, pero con buena carga de estricnina.

Así lo hicieron; bajaron a los valles el ganado de todo tipo y adobaron la res que ofrecía un solemne banquetazo. Todos los días subirían a comprobar el resultado. El primer días vieron el caballar intacto; el segundo los mismo; y empezaron a pasar más días sin que le quitaran ni una mínima ración. Parecía fallar el plan y echaban pestes contra las fieras, a las que en comentarios empezaban a atribuir instintos e inteligencia increíbles. Además, algunos gracioso se permitían comentarios poco agradables como el decir: ¿Qué os pensáis, que son los lobos tan tontos como vosotros? El pesimismo estaba haciendo mella y surgió la polémica de quemar o no la yegua; se generalizaba la idea de que olían algo y no se la comerían. La retirada del ganado de los pastos de Aralar suponía un trastorno bastante serio en varias casas y había partidarios de dar por concluido el experimento.

La polémica terminó a los nueve días y los ganaderos parece que podrían respirar hondo en adelante. Llegó la notica esperada: habían comido y con buena gana parte de la yegua.

De distintos pueblos salieron partidas para hacer reconocimiento exhaustivo de los alrededores. Quería encontrar a los lobos muertos o moribundos, para pasearlos por todos los pueblos que bordean Aralar. La búsqueda fue ampliando su radio y se terminó por mirar todo el monte; no aparecían y no aparecieron; fue el final hace unos 95 años\* de los lobos en Aralar; nunca más crearon problemas, pero nunca se ha sabido que fue de ellos.